

## RESEÑA

No hay silencio que no termine, Ingrid Betancourt, Aguilar, Colombia, 2010.  
709 páginas.

Por: Fernando Cubides C.

Sociólogo. Profesor Titular, Universidad Nacional de Colombia.

Cuando en algunos de los medios intelectuales de Francia, próximos a la industria editorial, se supo que Ingrid Betancourt había firmado contrato con Gallimard, para escribir su libro, se dio por descontado que disfrutaría de las mejores condiciones con que se puede contar, y que sobre todo dispondría del tiempo necesario, y no recibiría presiones especiales a nombre del mercado. Las condiciones ideales con las que pudiera contar alguien que escribe y piensa publicar. La exquisitez, lo riguroso de la selección, el prestigio garantizado, han sido sus pautas como editorial. Basta saber que su colección *La Pléaïde*, es sinónimo de consagración, de paso a la posteridad, aun cuando una de sus divisas sea que los libros, como todo lo que vive, se corrompen. En Latinoamérica se la conoce sobre todo porque fue a partir de ser publicado por ella, que el nombre de Borges se hizo universal. Y el afán de diferenciarse de esa serie de títulos que fueron apareciendo al poco de que cada uno de sus autores haya sido liberados y que en Colombia han llegado a conformar un subgénero: la “*literatura de secuestrados*” también era patente. Con lo que de seguro no contaban ni la autora ni las diversas editoriales que publicarían su obra de modo simultáneo en diversos idiomas fue con lo unánime de la reacción adversa en su contra a raíz de su demanda al Estado colombiano, poco antes del lanzamiento del libro, ni con el linchamiento mediático subsiguiente, palpable sobre todo en Colombia. Pero si las condiciones para escribir fueron óptimas a todas luces, el riesgo es también alto, pues la autora sabe que habiendo disfrutado de ellas entonces tendrá que ser parangonada con lo que en la literatura universal se ha producido acerca de los “*universos concentracionarios*”(parafraseando a David Rousset), o con lo que de modo más prosaico podríamos llamar, los grandes títulos de literatura

carcelaria. Tan heterogéneos como vívidos e intensos, de Dostoyevsky a Henri Charrière (“Papillon”) pasando nada menos que por Levi y otros sobrevivientes del Holocausto, será posible más de una reminiscencia, más de una comparación. A ciencia y paciencia de todas las distancias entre Siberia o Auschwitz, y el trópico húmedo.

Yendo al contenido, habría que decir en principio que el tiempo de que dispuso estuvo bien empleado. La factura del texto es impecable, la narración logra el ritmo adecuado a un asunto tan intrincado, y denota la asesoría de escritores de oficio. Siendo extenso, voluminoso, sin duda que como relato es apretado, revela que se seleccionaron momentos y pasajes, y, sin que fueran ripio, se debieron desechar muchos otros en la versión final, como para que la costura fuese sutil y lo que haya quedado logre dar a lector la impresión neta de lo largo de la duración de su cautiverio, y lo oprobioso de las condiciones a las que estuvo sometida. La percepción del tiempo por parte del lector, es lograda. Y en situaciones como esta la percepción del tiempo, transmitirla a lector, adquiere una mayor importancia. Ya lo dijo otro secuestrado por las FARC, Guillermo Cortés: **“Cuando uno está secuestrado, el tiempo no corre, sino que se arrastra”** A diferencia de la imagen célebre de un preso de una cárcel “normal”, que conoce su sentencia y que, para pulsar su resistencia hace rayas en la pared a medida que se desgranán los días, lo peor para la persona rehén de un secuestro ha de ser la total incertidumbre sobre la propia duración de su cautiverio, la suma arbitrariedad a la que está sujeta. En circunstancias semejantes, los seis años que duró el secuestro de Ingrid vienen siendo una eternidad.

Otra cosa es que uno como lector se vea persuadido de la íntegra veracidad de lo narrado, sobre todo en aquellos pasajes claves, como los del propio momento de su secuestro, en los que el hecho mismo recibió tanta difusión, y las circunstancias inmediatas fueron, y siguen siendo objeto de versiones encontradas. Es de suponer que algunos de los protagonistas de la hora (el ex presidente Pastrana, por ejemplo) tendrán que salir a aclarar o a rectificar. Todo lo que de aquí se puede inferir es que parece haber sido un choque de vanidades.

A partir de allí, y en la medida en que el relato se va adentrando en la retaguardia profunda de las FARC, las descripciones del paisaje, como paisaje natural, de la topografía y la orografía que los destacamentos guerrilleros y sus cautivos van a recorrer cobra realce. Sea que se lo haya propuesto o no, para quien haya

recorrido esas regiones, y las conozca de primera mano, la descripción es justa, y hace posible identificar, por ejemplo, el paulatino tránsito de la región amazónica a la orinocense, los varios cruces en uno y otro sentido a lo largo de esos años, por las referencias a la vegetación, a los cauces de los ríos, las variaciones en el estiaje, el tipo de fauna. De la altillanura a la selva, en secuencias varias y en varias direcciones. (Con leves errores en la toponimia: La Unión Penilla, por La Unión Peneya) Dos regiones geográficas distintas, dos ecosistemas bien diferenciados y diferenciables a ojos de los especialistas, que el ojo del profano alerta puede ir descubriendo por ciertos rasgos del paisaje natural y por las características de su vegetación. Una transición fluida para las FARC, en su itinerario histórico, y a medida que se narra reconocible para quien lo conoce, aunque no se lo refiera de una manera explícita, y quien narra se refiera al entorno de modo muy somero. Sin que falte el tópico, la nota de lo *politically correct*, como cuando ella misma lo afirma, o pone en boca de algún guerrillero afirmaciones acerca del cambio climático y su impacto en el medio natural. Tan justa y detallada la descripción del medio que podría especularse con que, así como sucesivas ediciones de La Vorágine, a petición de todo tipo de lectores fueron incorporando mapas con las ruta de Arturo Cova y sus compañeros, futuras ediciones de este libro, puedan reconstruir el itinerario, paso a paso, recurriendo a una cartografía detallada.

Tampoco puede haber duda de lo traumático de la experiencia, de lo intenso del sufrimiento, de la maltrecha condición humana que el cautiverio va dejando, y de que de los diversos libros sobre el asunto, pueda ser la que mejor da cuenta de la lenta descomposición del ánimo, de la mezquindad creciente, de las rencillas por lo que a nuestros ojos son nimiedades, de cómo golpean a las personas condiciones como estas, y hacen emerger rasgos y actitudes perversas. Maldad y odio, son palabras que Ingrid emplea con frecuencia, tal y como los percibe y los padece. Un grado de hostilidad absoluta, habría dicho algún especialista en la guerra irregular y sus características. Lo cierto es que siendo de cuyo difíciles de suyo las condiciones que imponen los captores, distintas coyunturas, y diversas instancias, logran hacerlas aún más miserables, añadirles más oprobio. Y en más de un pasaje aparece nítido, claro, lo primitivo y desacompasado con el tiempo, de la mentalidad de algunos de estos insurgentes. Ejemplos va habiendo a granel: fascinación por la técnica, por los más diversos artefactos electrónicos: grabadoras, filmadores, computadores portátiles, geoposicionadores satelitales, (Gps, en la jerga) por toda suerte de artilugios, a la vez que desconocimiento de la

sensibilidad de las audiencias hacia la que los productos se podrían dirigir, reacción a cual más torpe hacia algunos de sus resultados. El más elocuente por ser el más representativo de los ejemplos, y por venir de la cúpula, el del hit mediático que creía anotarse el Mono Jojoy, concediendo un reportaje sobre el terreno al reportero de TeleSur, haciendo construir para ello ese cercado de alambre de púas, un gallinero engrandecido, un campo de concentración en el trópico húmedo, queriendo dar cuenta de la cantidad de sus rehenes, del poder negociador que le estarían dando, de la potencia militar adquirida. Y se vuelve en contra suya como un bumerang. Y sin que lo hubieran calculado sus dirigentes, o lo hubieran podido presupuestar, suscita, repulsión, animadversión hacia la guerrilla, en todo tipo de audiencias<sup>1</sup>. Y luego, conducir a sus rehenes como galeotes, con gruesas cadenas al cuello. Algo que para ellos resulta práctico con el fin de evitar nuevas fugas, pero sin conciencia de que significa un retroceso brutal en la “historia universal de la infamia”, para decirlo con Borges. El sufrimiento que significa, y la indignación ante eso están muy bien sentidos y transmitidos, y suscitan de inmediato, por reflejo, por oposición, el quijotismo, la intención imaginativa de ir y liberar a quien sufre eso.

Odio y repulsión, son sentimientos que prevalecen a medida que el sufrimiento se intensifica o se prolonga. Maldad y crueldad inútiles, son palabras que se repiten con cierta intermitencia. Sin que por eso dejen de aparecer rasgos que podrían ser simpáticos, esfuerzos por entender al verdugo, al victimario. En este punto sería lícito imaginarse cómo, por reflejo, leería un dirigente guerrillero éste libro, qué sensaciones e impresiones le podría producir a un Martín Sombra, ahora en situación inversa, y hoy cautivo en la cárcel de máxima seguridad de Cómbita, esa lectura. Y por cierto el retrato de Sombra, su carcelero, está hecho con esmero, llega a hacérselo simpático en algún momento, sus pulsiones, sus instintos, debilidades humanas, una especie de tedio vital, un cansancio existencial, nos lo va acercando. Un hombre que, al igual que Jojoy desde niño fue de la guerrilla, y que con los años fue descubriendo que su única profesión, y tal vez su única vocación, era ese tipo de guerra.

El paulatino distanciamiento con Clara, su mano derecha y su antigua compañera de aventuras en política, resulta característico en más de un sentido. No es

---

<sup>1</sup> A mi juicio el más incisivo de los análisis sobre las guerras en la Ciberesfera, hoy por hoy, se halla en el artículo *Clausewitz in Wonderland* de TONY CORN, en *Policy Review*, September 2006.

achacable solamente a las condiciones de cautiverio, a un distinto modo de reaccionar frente a ello, ha de haber otras cosas de sustancia y de temperamento que no llegaremos a saber, aunque confrontáramos las respectivas versiones. Como características fueron algunas de las reacciones inmediatas a la aparición de este libro por parte de Clara: dimes y diretes, refutar algunas de las afirmaciones, amagar con una demanda, citando como testimonio el de un dirigente guerrillero, Joaquín, que de cualquier cosa tendrá ganas menos de venir a dirimir esas diferencias. Puede intuirse de cualquier modo que es algo que sigue siendo muy doloroso para ambas.

Y a propósito de sufrimiento, de su narración, del modo en que las personas se van adaptando a él, se van endureciendo a medida que lo padecen, lacras de nuestra historia, se me ocurre que tal vez solo haya una obra colombiana contemporánea en que es narrado con tal detalle, con tal intensidad: la primera versión del libro Siembra vientos y cosecharás tempestades de Patricia Lara, en que diversos dirigentes del M-19 narran con detalle las torturas a las que fueron sometidos, el modo en que las padecieron y las llegaron a superar.

De las distintas secuencias en que describe a sus captores, a los distintos Frentes de las FARC por los que fue pasando como rehén, de los matices de diferencia que implican, va quedando claro algo que es axiomático en la literatura especializada: la moral de la tropa es la moral del jefe. Leves visos de altruismo, de idealismo, persisten todavía en algunos de los jefes, se dejan ver en su ascendiente en la tropa, y cuando procuran mejorar en algo el trato a sus rehenes, o hacer menos oprobiosas las condiciones en que se hallan, y de modo reflejo, también por parte de la tropa. Y en los casos peores, los signos inocultables de un grado de descomposición. En conjunto, queda clara la arbitrariedad del poder omnímodo, su carácter impredecible. La pena del silencio es particularmente opresiva. Y va quedando claro también que solo un resentimiento que de manera algo patética, podríamos llamar resentimiento histórico, afán de retaliación, explica el grado de inhumanidad, de trato cruel, que se tiende a aplicar. Con toda y su mezquindad, cada una de esa larga cadena de agresiones inútiles sobre alguien que está sometido, y contra Ingrid con particular saña, puede ser leída como una suerte de venganza, de venganza de mala entraña, del campo sobre la ciudad, del campesino que ha estado sujeto a toda clase de privaciones sobre quien supone privilegiado, ciudadano, o peor aún: cosmopolita. Uno puede

representarse la situación, cómo le guerrillero promedio reacciona ante muchos de sus gestos, de sus actitudes y modos de hablar, ante lo que considera melindres, remilgos injustificados, ante la aprensión que suscita lo rudimentario de las letrinas, o “chontos”, rebosantes de mierda, y con algo de delectación: “***Pues sí señora, chontos, como no, no hay otro modo***”, etc. Y el conjunto de esos malos tratos, de esas actitudes despóticas en contraste abrupto con el idealismo, con las actitudes altruistas y la simpatía que en el pasado la guerrilla supo inspirar. Hay más de un asunto para pensarlo hondo, para meditar.

La autora demuestra tener una muy buena memoria, transmite con minuciosidad las condiciones en las se va encontrando, las variaciones en el entorno, detalles mínimos pero significativos. Va haciendo posible que el lector reviva parte de esas circunstancias, se vaya identificando de modo paulatino con la autora.

Y sin duda que la autora enfrentó con coraje su cautiverio, negarlo o atenuarlo sería insensato a la luz de los hechos. Los dos intentos de fuga sí que hablan a su favor. Dos fugas, dos, protagonizó, y eso debe realizarse. Cuestión de dignidad, quien la conserva ha de pensar en fugarse, tiene eso como una obsesión, lo que antaño se pudo llamar un sentido del honor, pundonor del cautivo, y solía atribuirse como cualidad a los oficiales de los ejércitos caballerescos. También es elogiable que cuando no se ve salida alguna, se acaricie la idea del suicidio, de manera espontánea, surge como idea, en la mejor tradición del estoicismo: el suicidio hace parte del capital de la humanidad.

Al final, y desde su punto de vista, la descripción de la “Operación Jaque”, resulta floja, un auténtico anticlímax. Y tal vez porque la vimos reconstruida, casi en directo, una y otra vez, a punto de saturación, y se la haya narrado visualmente tantas veces, y desde muchas cámaras y puntos de vista. Sintomático, sí, que en la última parte del libro no haya ninguna mención, ni la menor referencia, a Uribe, ni a papel alguno que haya cumplido en ese trance.

En suma, y pese a lo controversial de la autora, la apreciación muy favorable de Héctor Abad (recordemos: “*Será un clásico de la historia y de la literatura colombianas*”) con todo su énfasis a mi modo de ver es justa, y por cierto que se puede hallar más de una afinidad, con el más conocido de sus libros El olvido que seremos (no por azar, autor editado en francés también por Gallimard). Subrayo una de las afinidades: el culto reverencial a la figura del padre, que gravita en ambos

relatos, aunque con fuerza mayor en el de Abad, claro, y subsidiariamente a la figura de la madre, que para el caso aquí está escrita siempre con mayúsculas, y sin artículo ni pronombre que la preceda: “Mamá”.

6- X- 2010.